



## LA ENTREVISTA LITERARIA

*por Enrique Aguilar*

Señor escritor, ¿usted de qué número calza?

¿Cuál es una entrevista literaria? ¿La que se le hace a un escritor?, ¿la que hace un escritor?, ¿la que le hace un escritor a otro?

La respuesta a todas las interrogantes anteriores podría ser *sí* y *no* a la vez. *Sí*, porque como es de esperarse, en las entrevistas que conceden o hacen los escritores —a otras personas ajenas a la literatura o a otros escritores— suele estar presente la literatura en forma de citas de libros o autores, personajes, técnicas, géneros, génesis de historias y análisis críticos. *No*, porque lo *literario* en sentido estricto en lo que a este género informativo se refiere, me parece que reside más allá de la mera transcripción del diálogo entre un reportero y un escritor, un escritor y otro, o un escritor y alguien más, por mucho que esa transcripción esté plagada de erudición literaria, porque concibo lo literario como la capacidad de reflejar el lenguaje, los gestos, costumbres y pensamientos de quien sea el entrevistado, a partir de la observación aguda, la descripción fiel y acertada y el oído atento del entrevistador. En este sentido, me parece con frecuencia más *literarias* las entrevistas que hacen reporteros alejados de la fuente cultural a gente aún más alejada de ellos de esa misma fuente. Al revisar la sección deportiva de los periódicos, la nota roja, o las secciones de sociales o de política nacional (que incluso cada día se confunden más en cuanto al contenido; bueno, hasta en las revistas “femeninas” o las de Lucha Libre (que también se parecen entre sí), aparecen entrevistas que por la acertada descripción del entrevistado y la precisa valoración de su historia, apariencia e importancia así como el alto grado de fidelidad a su lenguaje, son en mi concepto, mucho más literarias que las publicadas en revistas y suplementos culturales.

(Para quien no lo haya notado hasta esta altura de esta aproximación a la “entrevista literaria”, acabaré de evidenciar que la mayoría de mis concepciones de este género y de lo que debiera ser la práctica periodística, son más producto de la lectura de reportajes, entrevistas y ensayos de Tom Wolfe,

Norman Mailer, Gay Talese y ¡claro! Carlos Monsiváis, y de una experiencia práctica cuyos resultados están lejos de satisfacerme, y menos evidencia del paso furtivo del autor por las aulas universitarias de la Facultad de Ciencias Políticas).

Las entrevistas que calificaría de *literarias*, de las que aparecen cotidianamente en periódicos y revistas de nuestro país, son muy pocas porque la mayoría son elaboradas siguiendo nociones o recetas limitantes y anquilosadas. En un medio donde priva la improvisación, la corrupción, la desinformación y las raquílicas remuneraciones no se podía esperar otra cosa. Aunando lo anterior a una legislación anacrónica y a una absoluta carencia de especialistas tenemos como resultado el periodismo de tan baja calidad que padecemos.

Pero, ¿cómo se evidencian todas las plagas citadas en este género periodístico?. Por ejemplo, se supone que si como dice el diccionario, una entrevista es "una conferencia entre dos o más personas que concurren a un lugar" (Alonso, Martín *Diccionario del español moderno*, Ed. Aguilar 1159 pp.), se deduce que lo que se *diga* en esa conferencia es uno de los elementos más importantes para este tipo de trabajos; esta observación digna de Perogrullo es pertinente en cuanto a que al menos en la práctica, la observancia y fidelidad a lo que se *dice* en una entrevista de las "pretendidamente literarias" es bastante reducida ya que se observa con demasiada frecuencia que los entrevistados casi siempre o hablan igual que el entrevistador o mantienen un tono neutro, que no refleja lo que su forma de hablar real. Restringidos por nociones de "lo correcto", "adecuado", "bueno" o "aceptable" periodísticamente hablando, los entrevistadores acaban uniformando el habla de los entrevistados y cuidan su imagen, para que en su trabajo se note que hablan *de* y *como* corresponde a su condición. El reto del entrevistador en este caso es el hallar la forma de encontrar formas sintácticas equivalentes en la forma escrita, a las de la expresión oral de sus entrevistados evitando un estilo débil.

Otro elemento en contra de lo "literario" de las entrevistas son actitudes equivocadas de los entrevistadores como es la de que la mayoría se cuida de no parecer cursi, cándido, ignorante o agresivo —premeditadamente—, y en la práctica sí se es de un modo determinado. Salvo la ignorancia —que creo que no ayuda en ningún menester—, las otras cualidades que he señalado creo que sirven en el trabajo que implica realizar una entrevista con quien sea, sobre todo si partimos de la concepción de que para la entrevista no hay más que unas cuantas reglas elementales como son el empleo adecuado de los elementos materiales para realizarla, llámense estos grabadoras, papel y lápiz, memoria, taquigrafía, mecanografía, teléfono y la posesión de la mayor cantidad de información previa del entrevistado y, la actividad que desempeña y —por qué no— de su vida personal: Hay esto, digo, y un gran desconocido frente al entrevistador: el entrevistado.

La ubicación del entrevistador tanto en relación al entrevistado como para con los lectores es otro elemento importante de ser considerado para la obtención de una adecuada entrevista. Hay ocasiones en que se nota que los entrevistadores quieren aparecer en primer plano, por encima de entrevistados y lectores, en otras, nada más delante de unos u otros, y creo que la posición ideal no es estar ni adelante ni atrás, ni encima ni abajo, sino al lado, justamente al lado tanto de los entrevistados como de los lectores, pero ¿qué es estar al lado de un lector? La respuesta a la anterior pregunta creo que sólo la da el oficio, a la información y la experiencia que, aunadas, conducen a una adecuada valoración de la información proporcionada por el entrevistado que le pueden interesar al lector.

Regresando a la definición que da el diccionario de lo que es una entrevista, el lugar en el que se desarrolla el encuentro entre entrevistado y entrevistador también *dice*, también habla de la entrevista en sí, y de los que en ella

intervienen, porque es obvio que un vagón del metro, la mesa de un café o una biblioteca son un marco distinto (que además influye en la apariencia y comportamiento de quienes realizan una entrevista).

Para un entrevistador capaz, todo habla, todo dice algo de su entrevistado y creo que el mejor estado en el que puede acudir un reportero a una entrevista es en un estado de apertura visual, auditiva, emocional, olfativa, táctil: ¿cuál es el aroma de la loción de Borges? ¿qué se siente al platicar con Cabrera Infante? Al saludarlo ¿el pulso de Carlos Fuentes es firme? ¿Su mano es tibia, fría, cálida, áspera? ¡Qué se siente! ¿Qué se siente? Sí, ¡claro! ¿Por qué no? Quien hace una entrevista es un ser humano al que el trato con diferentes personas forzosamente le provocan distintas emociones. Quien informa de algo o alguien posee una sensibilidad, no es una máquina; este argumento puede parecer romántico pero la realidad es que la sensibilidad —incluso si no se evidencia abiertamente— se manifiesta de todos modos tanto en el tono de las respuestas como en el de las preguntas.

Por lo general, la falta de capacidad, la pereza, el poco espacio disponible y otras disculpas hacen que mucho de lo expresado hasta aquí se cambie por la inclusión de una foto del entrevistado, que algunas veces dice más, pero la mayoría de las veces dice menos, de lo que pudo haber dicho un entrevistador atento.

Como conclusión tendría que decir que lo que realmente he esbozado aquí es algo a lo que propiamente no se le podría llamar entrevista, sino más bien creo que sería algo innombrable, una combinación de los géneros periodísticos y de estructuras literarias en las que el resultado final fuera la voz y la forma de ser de un individuo —el entrevistado— que estaría dado por la intervención profunda y comprometida, en todos los aspectos, de otro individuo más —el entrevistador—, porque en el periodismo, al igual que en la literatura, los géneros y su observancia, —en sentido estricto— en la actualidad sirven más como material de entretenimiento en las escuelas, que como herramientas de trabajo en la práctica. Nuestra época exige la creación de nuevos géneros —en todo caso, si de etiquetar se trata— para poder reflejar periodística y literariamente la complejidad de la forma de ser, pensar y actuar de quienes vivimos en estos tiempos de bombas de neutrones y viajes interplanetarios, pero también de revoluciones sociales e individuales.

